Pepe Álvarez
Secretario General de UGT

El trabajo y una vida dignas son el futuro de nuestra agricultura y ganadería

En UGT estamos absolutamente orgullosos de tener entre nuestras organizaciones a la UPA, la Unión de Pequeños Agricultores y Ganaderos. El papel de UPA y del conjunto del sindicalismo agrario en las recientes movilizaciones del mundo rural ha sido imprescindible gracias al modelo de negociación y reivindicación que nos caracteriza, porque la fuerza e indignación del sector no cayeran en manos de la extrema derecha, y de propuestas populistas y negacionistas del cambio climático.

El sector primario es víctima significativa de la modificación climática y del calentamiento global acelerado que estamos sufriendo, y en ningún caso puede ser que le demos el doble castigo de sufrir una legislación ambiental difícil de aplicar en tiempo, costes y contenidos. El 80% de las emisiones de CO^2 se da en las ciudades, por lo que no puede ser que le exijamos más al mundo rural, que ya tiene suficientes problemas. Cuando hablamos de una transición ecológica justa, nos referimos a que todo el mundo tiene que seguir el ritmo de los cambios y nadie debe quedarse atrás, ni abandonar su puesto de trabajo o actividad económica.

Nuestro objetivo es el rejuvenecimiento y feminización del campo; su transformación tecnológica, digital y sostenible; y en todos estos sentidos, mejorar las condiciones de trabajo y vida. El modelo de mano de obra intensiva, con jornadas largas y bajos salarios, es una de las causas de la lenta modernización del campo español.

Sin embargo, quiero tener una visión también optimista: si se mira el mundo rural y el sector primario de cerca, hay muy buenas prácticas -gente que está innovando con nuevas tecnologías; digitalización; utilizando drones e imágenes aéreas; productores ecológicos; agroturismo; cooperativas de distribución; comercialización online...- y la administración pública tiene que ayudar, no poner palos a las ruedas.

Precios justos y trabajo digno

En el ciclo de inflación que hemos vivido post pandemia -causado por la crisis energética de suministros globales y por unos altísimos beneficios de las empresas energéticas, financieras y de la gran distribución- hemos asistido a una subida exponencial de los precios de los productos de alimentación en su

Aunque el trabajo en el sector agrario se haya podido estabilizar en los últimos años, con cierta caída de la ocupación y de la eventualidad, existen retos importantes de cara a mejorar las condiciones laborales y adaptar la actividad al cambio climático. Por ello, me reafirmo en que es legítimo que las y los agricultores hayan protagonizado numerosas protestas en los últimos meses, reclamando precios justos para sus productos, menos burocracia y más medidas contra la competencia desleal de terceros países

comercialización final. No puede ser que estos incrementos no lleguen a las pequeñas explotaciones familiares agrícolas y ganaderas ni a sus trabajadores y trabajadoras. La Ley de la Cadena Alimentaria se tiene que aplicar bien, lo cual es clave para fijar unos precios justos en el sector primario que permitan vivir y trabajar con dignidad.

El mundo agrario y su realidad quedan normalmente fuera del debate principal del reconocimiento e información, sumiendo a las personas del sector en una invisibilidad que nos perjudica a todos y todas. Por eso, la urgencia de abordar la situación en el sector agroalimentario, junto con los retos en la industria y el sector primario, suponen una parte fundamental para poder dignificar las condiciones de vida y de empleo de más de 700.000 personas que viven de la actividad primaria en España.

El clamor del campo no puede ser ignorado, lo hemos vivido estos meses atrás con las últimas protestas sobre las reivindicaciones del sector. La unidad de acción en el campo es fundamental -y también positiva- para todas las personas que viven de la agricultura y la ganadería. Esto no va solo de hablar con una parte de los trabajadores y trabajadoras, sino que se deben escuchar las reivindicaciones de todos y todas: pequeñas explotaciones familiares; personas asalariadas y los trabajadores y trabajadoras fijos-discontinuos.

Aunque el trabajo en el sector agrario se haya podido estabilizar en los últimos años, con cierta caída de la ocupación y de la eventualidad, existen retos importantes de cara a mejorar las condiciones laborales y adaptar la actividad al cambio climático. Por ello, me reafirmo en que es legítimo que las y los agricultores hayan protagonizado numerosas protestas en los últimos meses, reclamando precios justos para sus productos, menos burocracia y más medidas contra la competencia desleal de terceros países.

La situación límite de la agricultura y la ganadería en España se ha hecho sentir en la opinión pública. Es destacable el reconocimiento y la simpatía que la ciudadanía ha demostrado en nuestro país y en toda Europa con el sector agrario y ganadero fundamentalmente, pero también con las personas que hacen posible que a los supermercados lleguen los productos agrarios.

Reconocimiento social al papel de la agricultura

El reconocimiento de la agricultura y del agricultor/a es mejor que años atrás. Hoy, la ciudadanía reconoce el papel de la agricultura y su necesidad. Además, hemos sido capaces de callar voces de la ultraderecha y extrema derecha de nuestro país contra la política agraria común europea tras las últimas elecciones. Por eso, el gobierno de España debe atender las demandas del campo y ser el portavoz en la Unión Europea, un espacio común clave (más ahora con un hemiciclo en Bruselas en alza del antieuropeísmo). La agricultura es un elemento básico y una de las soberanías necesarias en el espacio de la Unión Europea.

Nuestra agricultura no podría sobrevivir hoy sin la Unión Europea, y no puede ser que en pleno siglo XXI los trabajadores y trabajadoras agrarias estén en riesgo de pobreza.

Para evitar esta situación, es fundamental garantizar las condiciones laborales legítimas y llevar a cabo políticas transformadoras en el sector. Las buenas condiciones laborales, la calidad de vida y la vivienda, son el principal instrumento de asentamiento de los trabajadores y trabajadoras en las zonas de la España vaciada.

Y frente a la emergencia climática, una cosa esta clara: si no se combate la sequía y los fenómenos que tienen que ver con el cambio climático, esto va a ir a más. El negacionismo del cambio climático para nada favorece a los agricultores en nuestro país, perjudicando especialmente a los pequeños agricultores, porque conservar la tierra es el principio para poder mantener sus explotaciones. En un momento en que tanto se habla del reto climático, de la España vaciada y de la necesaria vertebración del medio rural, es necesario, más que nunca, tener en cuenta al sector agrario, porque sin él no será posible acometer los retos que la sociedad demanda.

Las personas trabajadoras del sector agrícola, sobre todo las y los pequeños agricultores en nuestro país, tienen razón. A todo esto, se suma la situación de competencia desleal que se produce en los acuerdos comerciales de la Unión Europea con terceros países, la cual tiene que acabar, porque no puede ser que compremos productos a un tercer país de la UE que estén tratados con productos que en Europa no se pueden utilizar porque, además de ir contra el medio ambiente y contra nuestra salud, va contra la competencia necesaria para que todo el mundo pueda vender con unos márgenes de beneficios determinados.

A los agricultores hay que facilitarles el trabajo y no generarles esta situación de burocracia. Por eso, se ha convertido en un punto de inflexión de la reivindicación de unos precios más justos, menos carga burocrática y mayor control de la importación de productos de fuera de la Unión Europea libres de los requisitos a los que sí están sujetos los agricultores comunitarios.

Por eso, es clave consolidar el Diálogo Social, seguir subiendo el SMI, condicionar sindicalmente las ayudas de la PAC y dignificar el trabajo en el campo, además de actualizar el Plan de Formación Agrario para modernizar el sector y facilitar el relevo generacional, y es que no hay mejor elemento de atracción hacia la juventud que el de garantizar un trabajo que les guste y del que podrán vivir en condiciones dignas y justas.

Necesitamos un campo sostenible, con más jóvenes y más mujeres titulares de explotaciones, donde el agricultor, la agricultora, el ganadero o la ganadera sea propietario de su destino. Porque no hay nadie mejor que ellos y ellas para decidir su futuro. ■